



LA NOVELA

ILUSTRADA

PUBLICACION PERIÓDICA ECONOMICA

E. de la Cerda

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

PRECIOS
 N.º corriente, 15 céntimos; N.º atrasado, 25
 A los correspondientes, mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.—PAGO ADELANTADO.

Madrid 10 de Febrero de 1885

Se admiten suscripciones en toda España abonando anticipadamente 24 ejemplares, por 3 pesetas.—La correspondencia, reclamaciones y pedidos al administrador D. GUILLERMO OSLER, Espíritu Santo, 18, Madrid.



POR
 E. de la Cerda

—¡Mi mujer! La juego al gallo—dijo Periquet

LA ÚLTIMA CARTA

NOVELA ORIGINAL

por

DON EMILIO DE LA CERDA

En una de las últimas tardes del mes de Setiembre, hará cosa de veinte años, hallábanse reunidos bajo el cobertizo de tablas que daba sombra á una taberna situada junto á la playa, y sobre el camino que conducía desde ésta al pueblecito de... en el litoral de la provincia de Barcelona, varios marineros y calafates, ocupados atentamente en ver venir sobre una sucia manta, que servía de tapete á una mesilla de pino, la deseada carta, á la que habían expuesto parte ó todo el jornal de la semana.

Los votos y juramentos peculiares de la gente baja de Cataluña se mezclaban á groseras exclamaciones de alegría, proferidos respectivamente por los que acababan de perder, y los que se embolsaban sin escrúpulo el producto del trabajo de sus compañeros, hasta los últimos ahorros de algunos, cuyo oficio más lucrativo, les permitía tener sobrantes, después de cubiertas sus pocas necesidades más apremiantes, en aquel pueblo, donde no existía motivo alguno para otros gastos que los indispensables al sostenimiento de la vida, más ó menos cómoda, pero siempre modesta, de aquellos humildes menestrales.

Decimos mal; motivos de despilfarro existen siempre donde el vicio impera, y el pueblecito de... se distinguía por el afán del juego, desarrollado hacía muchos años entre la gente de la mar, que constituía la gran mayoría de la población, sin que bastasen á enfrenarlo las reprimendas del párroco, que desde el púlpito anatematizaba cada domingo el execrable vicio, ni las frecuentes intervenciones de la autoridad local, que al fin tuvo que desistir en sus persecuciones, en vista de que parecía como que recrudecía aún más la viciosa costumbre, que cuando no hallaba libre espacio donde manifestarse, buscaba la soledad y el misterio para seguir haciendo estragos entre aquella pobre gente.

Era esta época de ancha Castilla para los jugadores, en quienes nadie fijaba entonces la atención, pudiendo entregarse al aire libre, y con toda libertad, á su funesta é inagotable pasión.

Entre el grupo que jugaba á la puerta de la taberna, distinguíanse dos jóvenes, como de veinte á veintidos años, por el ardor que empleaban en las apuestas, y el calor con que celebraban sus victorias ó maldecían sus derrotas.

Uno de ellos, Pedro Barbou, apellidado el *Periquet*, no obstante su juventud, estaba casado, y por cierto con una mujer bellísima llamada Florentina, á quien en secreto amaba desde que la conoció doncella, el otro jugador Roque Mortas, uno de los mejores calafates de la comarca.

El *Periquet* era marinero, y pertenecía á la tripulación de un falucho que hacía el servicio de cabotaje entre el puerto de... y Valencia. Al principio de su matrimonio vivían él y su mujer holgadamente, porque la Florentina había aportado al matrimonio una pequeña dote, que Pedro se encargó de repartir bien pronto entre sus compreros de timba; y en la ocasión en que le damos á conocer, sólo poseía una pe-

orillas de la playa, bastante desprovista

ya de mobiliario, y hacía un año que sólo se mantenía el matrimonio y una hija pequenita del merma-producto del trabajo personal de *Periquet*. El juego dominaba á éste de tal modo, que más de una vez, viéndose sin recursos para satifacer su pasión, había hablado de marcharse á América, donde pensaba encontrar más ancho campo á sus ambiciones y á la satisfacción de sus ardientes deseos.

Explotando estas intenciones, y la creciente miseria de que el desdichado marinero iba rodeando á su pequeña familia, Roque aprovechaba las ausencias del *Periquet* para asediar á la bella Florentina y desprestigiar á sus ojos al marido; cuyo palpable despego la demostraba revelándole los proyectos que en más de una ocasión había hecho públicos el *Periquet* entre los jugadores, en momentos de despecho y de ira.

Florentina, sin embargo, permanecía fiel á su marido, observando con pena, aunque con resignación, su fatal conducta, si bien empezaba á enfriarse su cariño hacia el hombre á quien veía dispuesto á abandonarla con su hija, por seguir las inspiraciones de una pasión más fuerte que la del amor á su familia.

En la tarde á que nos referimos, el *Periquet* había perdido bajo palabra lo que importaban sus sueldos del próximo viaje á Valencia, es decir, lo que contaba para sostener á su mujer y á su hija, durante un mes.

Poco á poco se fué acalorando, y como tenía ya por único adversario á Roque, á quien instintivamente tenía mala voluntad, habiase establecido entre los dos jugadores una terrible lucha, que contemplaban silenciosos los que á su alrededor se habían reunido para ver arruinarse á uno de aquellos hombres.

Roque ganaba; el *Periquet* rugía cada vez que, después de perdidos sus salarios, Roque le desafiaba á que empuñase dos, tres, cuatro viajes; y el *Periquet* aceptaba y seguía perdiendo un mes de subsistencia á cada carta en que lo comprometía; y ya llegaba á perder todo un año; cuando Roque, que seguía excitándole, le dijo:

—Mira, *Periquet*, ya puedes retirarte, porque más de un año no te admito; la vida del marinero está siempre en peligro, y jugar sobre el salario de muchos viajes que no se sabe si podrás hacer, es jugar por jugar, y yo sólo juego con hombres que tengan algo con qué responder.

—Roque, le contestó el *Periquet*, todavía me queda mi casa; con que tira cartas, que allá va la finca des de los cimientos al tejado.

—¿Va la casa? dijo Roque.

—Creo que ya lo he dicho, exclamó pálido de ira el *Periquet*.

—Roque tomó la baraja; mezcló lentamente las cartas, y echó su *albur* en medio del silencio general de los concurrentes que asistían á aquel duelo de jugadores.

—¿Vamos, te decides? repitió por última vez con burlona sonrisa Roque.

—Suponte que la casa la he trasladado sobre ese caballo de copas.

—¿La casa sola?

—Se entiende.

—No, es que podía ser con todo lo que contiene.

—Eso ya veremos después, contestó con sombrío acento el *Periquet*.

—¡Eal pues prepárate, porque voy á quitarte la casa.

—Atención.

Roque, con un refinamiento de crueldad inaudito, volvió los ojos hacia la casa del *Periquet*, que se



distinguía á un lado entre dos ó tres naranjos y una albarrada de espinos. Después sacó lentamente una carta, la arrojó sobre el tapete; siguió descubriendo otras... hasta que á la quinta exclamó.

—¡La sota! Has perdido. Te quedaste sin casa, *Periquet*; lo siento, pero ya sabes que soy buen casero y te la alquilaré barata; te levantaré la tapia que te echó abajo el mar en el temporal del año pasado, cuando subió hasta el camino el oleaje.

—Basta de bromas, Roque, contestó el *Periquet*, y sigamos jugando.

—¿Jugando? ¿y qué?

—Mis muebles.

—¡Bahl! ¡cuatro sillas, una mesa, y un camastro!

—¡Mi salvación!

—¿Y para qué la quiero yo? contestó riendo Roque. No voy á jugar lo que es del diablo, y después de no servirme para conseguir la mía, tampoco habría de cedérmela Satanás.

—Pues yo he de jugar.

—Veamos qué.

—Mi...

—Tu qué.

—¡Mi mujer! La juego al gallo.

—¡Ehhh! prorampieron los circunstantes, más asombrados de aquella proposición que de la que había hecho de ceder la salvación de su alma aquel pobre loco.

—Repito que te juego mi mujer, contestó el *Periquet* con el semblante lívido y temblándole la barba.

—Como tú quieras, *Periquet*; pero falta que la parienta se conforme.

—Esa no es cuenta tuya; con que... tira las cartas.

—¡Vaya una brutalidad! dijo uno alejándose del corro.

—Si viviera el padre de Florentina, no se atrevería á eso, dijo otro al oído de un tercero.

—¡Yal! ¡yal! él podría jugarla, pero le costaba una puñalada la broma.

—¡Juego! dijo sordamente Roque.

—¿Qué pones en contra? contestó el *Periquet*.

—Todo lo que te he ganado, y además mi casa y mis herramientas; no tengo más, pero bien vale lo que expongo por lo que puedo ganar.

El *Periquet* se pasó la mano por la frente bañada en sudor.

—Al As, contestó con voz cavernosa.

—Allá va.

El vuelo de una mosca hubiera podido percibirse en aquel momento: tal fué el silencio que se hizo en torno de los jugadores.

Las cartas caían lentamente sobre la manta, produciendo su caída en el cerebro del *Periquet* el mismo efecto que debe producir el badajo de la campana del reloj sobre el cerebro del condenado á muerte, al marcar la hora fatal de su suplicio.

Más de una vez levantó la mano para suspender el juego, amagando arrancar de la de Roque la carta que éste deslizaba con suave lentitud sobre la baraja; otras veces empuñaba con crispada mano el mango del cuchillo de marinero, que llevaba sujeto con la ancha faja azul que ceñía su cintura.

Roque expiaba todos sus movimientos, que adivinaba perfectamente; y ó apartaba la baraja, ó la dejaba sobre la mesa, cruzándose de brazos.

—¡Andal! decía entonces *Periquet*.

—No, yo no tengo empeño, contestaba Roque; si tú quieres renunciar...

—¿Yo? Yo no renuncio jamás á lo que digo una vez.

—Bien; pues... estate quieto, y espera.

Aun salieron tres cartas más.

—¡Al fin! exclamó Roque: el dos de bastos; la contraria.

—¡He perdido á mi mujer! exclamó *Periquet*.

—Y creo que para siempre, porque aunque no sea mía tu Florentina, ella no ha de perdonarte que la hayas jugado como un mueble, contestóle Roque.

El *Periquet* se levantó. Embozóse en la manta porque sentía el frío de la fiebre invadir sus huesos, y se dirigió hacia la playa diciéndole á Roque:

—Antes de un año, tendrás en tu poder todos mis salarios. ¡Abur!

Siguieronle con la vista los circunstantes, y vieron que, sin dirigir una sola mirada á su casa, con la cabeza baja y paso seguro, tomó por la lengua del agua perdiéndose en breve en la penumbra de la noche, que avanzaba rápidamente borrando los objetos situados á larga distancia.

—¿Dónde irá? se preguntaban unos á otros los que quedaban en la taberna.

—A dar un paseo y refrescarse, contestó uno que era nuevo en el pueblo. Luego volverá á su casa.

—Mal conoces al *Periquet*, le contestó otro; sus deudas de juego son sagradas. ¿Ves que le ha dicho á Roque que le entregará sus salarios de un año cuando expire el plazo? Pues antes falta el sol de salir por Levante, que él de mandar ese dinero, aunque esté en el fin del mundo.

—Sí, pero la mujer no le pertenece, como me pertenecen á mí mis redes y mi barca.

—Pues él cree que ya no debe pertenecerle, y se aleja de ella como de cosa extraña, que otro puede recoger, si ella quiere, como propia.

El grupo se disolvió marchando cada cual á su casa y comentando el lance á su manera.

Entretanto, Roque se dirigió á la casa de Florentina.

Hallábase ésta preparando la frugal comida de su marido, y al sentir que empujaban la puerta, croyó que era él y exclamó sin volver la cabeza:

—Tardecillo vienes, Pedro; ya empezaba á creer que habrías comido en la taberna.

—No es Pedro, contestó Roque adelantándose hacia Florentina.

—¡Ah!... ¿eres tú? respondió sorprendida la muchacha, que no esperaba aquella visita hallándose su marido en tierra.

—Sí, yo soy. ¿Te estraña verme en tu casa en esta ocasión, eh?

—Ya ves... Cuando sólo vienes aprovechando las ausencias de mi marido...

—Pues por eso vengo, porque *Periquet* está ausente.

—Ausente, exclamó Florentina dejando de revolver las almortas y torpándose hacia Roque.

—Y para tiempo, según parece.

—¿Pues dónde ha ido?

—¡Quién lo sabe! Por mi parte no espero verle en el resto del año.

—¿Qué estas diciendo, Roque?

—Lo que oyes. *Periquet* se ha ausentado de estas playas, donda ya nada tiene que conservar en ellas.

—¿Pues y su casa? ¿Y yo? ¿Y su hija?

—Eso último es lo único que conserva... si tú se la das y él la pide.

—¡Explicate, por la virgen de Monserrat, porque yo no acabo de comprenderte!

—Tu marido ha jugado su casa, y la ha perdido.



—¡Ah!... ¿Eres tú?

—Pero y...

—¿Tú?... me quieres preguntar; pues también te ha jugado...

—¡Jugarme!

—Y te ha perdido, Florentina.

La desgraciada esposa se cubrió los ojos con las manos y se los restregó como si quisiera despertar de una pesadilla.

—¡Pero todo eso es imposible! prorumpió. Pedro no puede haber descendido á la infamia de tratarme como si fuera una bestia, un mueble, una cosa...

—Ha descendido, sin embargo, Florentina.

—Y... ¿quién es el dueño... de todo lo que ha jugado? contestó después de algunos minutos de sombrió silencio.

—Yo.

—¡Tú!

—Sí; estás en mi casa; me perteneces por las leyes del juego; pero como no soy tan bestia, que vaya á creer que ni tú, ni la justicia, ni la iglesia sancionen esta transmisión de dominio, yo no entraré en posesión de mi propiedad *viva* hasta que ella quiera. Hoy eres libre; tu marido te abandona, te humilla, te desprecia; yo te adoro, te ofrezco cuanto poseo; mi brazo para sostenerte á ti y á tu hija, y mañana... mi mano ruda, pero honrada. Piénsalo bien, Florentina. Muchas viven como te propongo que vivas conmigo cuando sus maridos son como el tuyo, unos bergantes. Como él ha de tener mal fin, espero que tarde ó temprano podrías ser mi mujer legítima; ya sabes tú que no sé mentir; tengo mis vicios como todos los hombres que no tienen sobre sí deberes á que atender. El día que hubiera de cuidar de tí y de tu hija, que consideraría como mía, se acabó el juego, la taberna, todo, todo. ¿Qué dices, Florentina?

—¿Qué quieres que diga, Roque? Eres un hombre honrado; te aprecio como mi mejor amigo, y te agradezco los sentimientos que abrigas hacia mí; pero he vivido honrada y decentemente hasta aquí, y no puedo aceptar esa unión que me propones. Mi marido que ha ido día tras día secando en mi corazón el cariño que sinceramente le profesaba, ha concluido para mí; mas él vive, llevo su nombre, y por nada en el mundo lo mancharé con una unión ilegítima, que él podría desbaratar ante la justicia, cuando quisiese recobrar lo que ha perdido voluntariamente entregándolo al primero que se lo ha disputado sobre él inmundado tapete de una mesa de juego; y aun cuando la justicia me amparase decretando nuestra separación definitiva, yo seguiría llevando su apellido, esclava de mis deberes por una ley tirana que condena á la mujer al abandono, inutilizándola para buscar un honrado refugio en el calor de un marido honrado. Tus planes, Roque, no pueden realizarse por hoy; si él faltase algún día, tuya seré, te lo juro; pero como es de un hombre una mujer honrada.

—¡Y si él no faltase!

—Tendríamos paciencia, Roque; y hé ahí una de las faltas que hace cometer esa ley de que te hablaba: la de desear en secreto la muerte de una criatura.

Tú hoy, tal vez yo mañana, pediremos á Dios que se lo lleve; y éste es un pecado mayor que el de casarse con quien no ha de abandonarnos jamás, porque aún vive quien nos abandonó como cosa perdida.

—¿Estás resuelta, pues, á no ser mía hasta que falte Periquet? dijo Roque con voz sorda.

—Hasta que falte, porque Dios le llame á sí. Te comprendo, Roque; pero te juro que yo no sería la esposa de quien hubiera tenido sus manos en la sangre de mi marido.

—Está bien; esperaré, pero sólo deseo una cosa, Florentina.

—Habla.

—Admite siquiera el pan que yo te gane, aunque no seas mi mujer.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de una esperanza que me sostendrá hasta que Dios quiera colmarla con una deseada dicha.

—No, Roque; el pueblo, cuando no me viese trabajar y ganar mi sustento, murmuraría. Te ruego que no pises más la casa donde viva.

—Esta. Nadie tiene derecho á saber si yo cobro sus alquileres.

—Sea; admito la casa como una limosna: el pan lo ganaré para mi hija y para mí.

—Como quieras, Florentina. Que Dios te guarde y no me olvides, porque yo no te olvidaré jamás.

Han trascurrido dos años.

Desde la tarde en que el *Periquet* puso á una carta, hogar, esposa y honra, sólo una vez se ha tenido noticias de él, y ha sido á los ocho meses de su partida, cuando el patrón de un místico que venía de Buenos Aires trajo á Roque trescientos pesos de parte del *Periquet*, á quien vió la víspera de partir éste para un viaje á la costa oriental del Africa.

Nada explicó dicho patrón de los proyectos que abrigaba el *Periquet*, porque éste se limitó á darle el encargo, y sólo sabía el punto hacia donde debía dirigirse el marido de Florentina, por lo que se dijo en bahía del destino del buque en que debía partir.

Después nada volvió á saberse del marinero catalán.

Roque esperó un año más, y volvió á insinuar á Florentina sus ardientes deseos. La inquebrantable joven resistió aún las halagadoras seducciones de su constante amador.

Y pasaron aún cinco años, y nadie sabía qué había sido del *Periquet*.

Y aun pasaron otros cinco, y siempre el mismo silencio.

Florentina empezaba á dudar de que el *Periquet* viviese.

En el pueblo, donde no era desconocida su virtud y los amantes anhelos de Roque, todos la aconsejaban que se uniese á él de cualquier modo, porque allí nadie la consideraría por eso deshonrada; sin embargo, el digno párroco de... la sostenía en su resistencia, desaprobando toda unión ilegítima, y oponiéndose á considerar como fallecido al que sólo guardaba silencio y podía volver reclamando sus derechos, en cuyo caso el cura hubiese tenido una gran responsabilidad.

Florentina tenía á la sazón treinta años, y estaba hermosísima. Roque, cada vez más enamorado, la asediaba hasta las últimas líneas de defensa, cuando una circunstancia vino en su auxilio.

Los periódicos dieron noticias de haber sido atacada por las indígenas una colonia europea, explotadora de unas ricas minas de brillantes, situada en un territorio del Africa meridional, y el cónsul español del punto más cercano habitado por gentes civilizadas, daba la lista de los españoles muertos en aquella horrible jornada, leyéndose entre ellos el de uno de los copropietarios de las minas. Pedro Barbou, natural de... en la provincia de Barcelona, según constaba en los registros del consulado.

El día en que esto se leyó en... Florentina vistió

luto y aseguró á Roque que al año sería su esposa, si en este tiempo no se había desmentido la noticia de la muerte de su marido.

Reunido Roque algunos ahorros, vino á Madrid, donde, al cabo de un mes de constantes trabajos, pudo obtener en el Ministerio de Estado un certificado del parte oficial transmitido á aquel centro por el cónsul en la región donde había ocurrido la muerte del *Perriquet*.

Con este documento regresó á ... mostró al párroco, quien ya no dudó de que Florentina era viuda, y algunos meses después, Roque entraba en posesión de lo que había empezado ganando á una carta, al cabo de trece años de paciencia y de constante cariño.

**

Siete años hacía que Roque y Florentina se habían unido ante Dios y los hombres.

Muchos hacía también que Roque, abandonando sus antiguas costumbres, era un modelo de trabajadores honrados y laboriosos.

El dueño del pequeño astillero donde se calafateaban ó construían las embarcaciones de ... había muerto, y Roque, con sus economías, pudo comprar á la viuda el material del astillero, constituyéndose en dueño del establecimiento.

Su negocio marchaba viento en popa. Había mejorado mucho la casa que fué de Roque dotándola de las posibles comodidades, y delante de ella trasladó el astillero; de suerte que á penas si abandonaba alguna que otra vez su hogar, unas para ir á Barcelona á contratar maderas de construcción, otras, por breves horas, para reunirse con sus correligionarios en un casino político, donde descansaba de las fatigas del día, haciendo proyectos para las salvación de la patria, como la mayor parte de los españoles que hacen política entre sorbo y sorbo de café, y no aspiran á empleos ni á posiciones oficiales.

Para Roque, la política era un deseo constante de bienestar para su país, que creía asegurado con el triunfo de sus ideales políticos; pero no pasaba de ahí, y jamás tomó parte en los actos que realizaban sus correligionarios, manifestados en protestas, asonadas ó pronunciamientos más formales.

Su Florentina y sus dos hijos, una niña de seis años y un chico de cuatro, constituían todo cuanto amaba más en el mundo, y compartía entre ellos y su trabajo las horas del día y de la noche, excepción hecha del paréntesis político que solía abrir á esta existencia tranquila y feliz.

Hacia los últimos días del séptimo año de su matrimonio, llegó á ... un caballero que se alojó en la mejor posada del pueblo.

Llevaba recomendaciones muy terminantes del ministro de la Gobernación y de las autoridades de Barcelona al alcalde presidente del Ayuntamiento de ... para que auxiliase en cuanto necesitar pudiera á D. Pedro Galindo, quien se proponía crear varios establecimientos industriales que habrían de dar mayor vida y movimiento á aquella pequeña población.

A los dos días de su estancia en ... todos sabían que era un indiano rico, que iba á volver á ... de arriba abajo, estableciendo grandes fábricas de salazón, un astillero en grande escala para la construcción de buques de mayor calado que los que producía el astillero establecido, y á dotar á ... de un muelle y de un tranvía de vapor entre el pueblo y algunos

puntos del interior, importantes por su riqueza agrícola y fabril.

No sin inquietud supo Roque los proyectos del rico indiano, que venían á echar por tierra su industria si, como se decía, construía un astillero perfeccionado enfrente del suyo, bastante humilde.

La competencia se haría imposible entre sus modestos elementos de construcción y los que podía poner en planta quien disponía de máquinas y toda suerte de medios para abaratar las construcciones.

Consultó con el alcalde, que era amigo suyo y correligionario político, y éste le mostró las indiscutibles recomendaciones de que el indiano había sido portador. Aconsejóle sin embargo que se avistase con él y procurase un arreglo que pusiese á salvo sus intereses amenazados.

En efecto, Roque fué á ver al D. Pedro, quien informado por el alcalde de la visita que iba á tener, recibió á Roque con cierta frialdad.

—Usted comprenderá bien, díjole al pobre Roque cuando éste concluyó sus lamentaciones, que yo no he de renunciar á un proyecto que ha de dar gran impulso al progreso de este pueblo, porque Vd. tenga la desgracia de poseer una industria que ha monopolizado hasta hora.

—Usted causará mi ruina, Sr. D. Pedro, exclamó el aturdido Roque. Es cuanto poseo para sostener á mi mujer y á mis hijos.

—Yo lo lamento, contestó D. Pedro, pero no puedo remediarlo.

Roque salió de la entrevista abatido y desesperado.

Con lágrimas en los ojos veía poco después abrir los cimientos en la playa de un edificio al que, una vez terminado, empezaron á llegar toda clase de maquinarias y grandes cargamentos de maderas.

Los envidiosos de la suerte de Roque antes de esta época, se le reían en las barbas, viéndole cabizbajo y mohino.

Sus mejores trabajadores, halagados con la promesa de más crecidos jornales, fueron despidiéndose de sus talleres, y en breve quedó el astillero del infeliz Roque reducido á una desierta empalizada, donde sólo acudía algún que otro patrón de lanchones, imponiendo al industrial, en significantes reparaciones, una baratura en los precios, que no permitía la menor ganancia.

La ruina de Roque era inminente.

Entre tanto el nuevo astillero, dotado de su muelle, de sus vías, de sus planos inclinados para el acto de botar al agua las embarcaciones, sus máquinas de aserrar las maderas, sus hornos y fraguas y demás detalles de fabricación, prosperaba visiblemente á los dos meses de instalado.

Habíase además operado una revolución en las costumbres de los calafates y marineros que dependían del establecimiento. Había cesado entre ellos el juego.

Esto no era debido seguramente á un espontáneo mejoramiento de costumbres. En el reglamento interior del establecimiento, se leía un artículo que decía:

«Todo capataz, maestro ó peón que sea sorprendido en el acto de jugar á cualquier clase de juegos de azar, ó que se tenga noticias de que suele entregarse á tan ruinoso vicio, será inmediatamente, y sin contemplación alguna, despedido del Astillero.»

Esto acabó con el vicio entre aquella considerable masa de trabajadores.

**

El nuevo astillero lindaba con el de Roque hasta tocarse sus muros con la pobre empalizada del antiguo.

Un día, á los tres meses de empezar á funcionar el que pertenecía al indiano, recibió Roque de éste una atenta carta, en la que le rogaba fuese á verle.

Acudió Roque no sin repugnancia á aquella entrevista.

—He llamado á Vd. díjole D. Pedro, porque necesitando ampliar el astillero por el lado de su terreno, quiero proponerle su compra.

—Jamás, dijo Roque de mal talante. Usted ha sido la causa de mi ruina, y prefiero morir con mis hijos de hambre sobre el pedazo de tierra que he comprado con el sudor de mi frente, á darlo por un pedazo de pan á quien nos lo ha arrebatado de la boca.

—Vamos: ¿y si yo le propongo á Vd. un buen negocio? ¿Si yo le ofreciese á Vd. doble de lo que vale?

—Tampoco.

—¿Y triple?

—Tampoco.

—¿En cuanto estima Vd. el valor de ese terreno?

—En lo que Vd. no puede pagarme: en lo que vale una industria que nos daba de comer y nos permitía ahorrar para la vejez algunos cuartos.

—Fije Vd. precio, sin embargo.

—Imposible; Vd. no lo había de pagar.

—Le hago á Vd. otra proposición.

—Veamos.

—No; esa se la haré á Vd. en su propia casa.

—Como Vd. quiera: cerca vivo.

—Pues espéreme Vd. á comer mañana, y allí hablaremos como buenos amigos.

—Aceptado: allí esperaré á Vd.

Al día siguiente Florentina, muy atareada, preparaba una buena comida para el opulento señor que iba á honrarles con su presencia, en su pobre y modesta mesa.

Llegó la hora prefijada, y D. Pedro se presentó en la casa de Roque.

Hallábase éste en su salita de recibo, y Florentina se preparaba con sus mejores galas á presentarse al rico indiano.

Aún no haría media hora que éste se hallaba en la casa, cuando se presentó Florentina.

Adelantóse pálido y grave D. Pedro, y la tendió su mano para saludarla.

Florentina, al oír aquella voz, sintió que el corazón se le oprimía, palideció intensamente y vaciló un momento; reponiéndose, sin embargo, y tratando de sonreír al opulento comensal, le invitó á tomar asiento.

—Charlaremos ahora de cosas indiferentes, dijo don Pedro, que lugar tenemos de hablar de negocios.

La conversación giró sobre varios asuntos, recaendo en los hijos de Roque.

—¿Cuántos hay? preguntó á éste, D. Pedro.

—Dos: dijo Florentina con voz alterada.

—Tres, replicó Roque; mi mujer no cuenta á mi hija Marcela porque es de su primer matrimonio; pero para mí todos son mis hijos, y lo mismo quiero á los míos que á esa niña.

—Desearía conocerlos, dijo D. Pedro.

Roque llamó á Marcela, y después á Roquete y á Flora, como solía apedillar á Roque y Florentina, sus dos pequeñuelos.

Cuando entró Marcela, D. Pedro sintió un extraño

impulso que le arrastraba á abrazar á aquella niña; no obstante contentóse con estrechar su mano, y sentándola á su lado hizo mil preguntas con la más cariñosa solicitud, mientras á los pequeños se limitó á besarlos en la frente.

La mujer de Roque no cesaba de fijar sus ojos en el extranjero: apenas hablaba alguna que otra palabra, cuando la obligaban á ello las preguntas de D. Pedro.

Por fin anunció la criada que la sopa estaba servida.

D. Pedro ofreció galantemente el brazo á Florentina y pasaron al comedor.

Terminados los postres, y mientras tomaban el café, dijo D. Pedro á Roque á tiempo que encendía un riquísimo habano en el que acababa de ofrecer á Roque:

—¿Usted no ha jugado nunca?

—Sí... cuando mozo, contestó Roque.

—¿Con suerte? añadió D. Pedro.

—Regular... replicó Roque.

—¿Y conserva Vd. afición?

—Ninguna.

—Yo sí.

—Sin embargo, dicen que ha prohibido Vd. á sus operarios el juego, bajo pena de expulsión.

—Es que yo juego con catorce millones detrás de mí, y ellos jugarían contando sólo con su salario, acaso con su hogar, y... tal vez con...

—¿Qué? preguntó Roque con curiosidad.

—¡Ah! no sería el primero que jugase hasta su mujer. Aquí mismo, me han dicho, hubo hace tiempo un marinero que jugó á su esposa.

—¡Es cierto! dijo con voz apagada Florentina.

—Ella le habrá despreciado como al más ruin de los hombres, añadió D. Pedro.

—Le ha compadecido... y le ha perdonado, replicó Florentina con voz apenas inteligible.

—Bien, no recordemos historias que afectan el ánimo de todo hombre honrado, dijo Roque, y veamos qué proposición tenía Vd. que hacerme.

—Hombre, es un capricho, que Vd. puede ó no satisfacer.

—Veamos.

—Deseo que juguemos mi astillero contra el de usted.

—¡Está Vd. loco, señor mío! contestó Roque. ¡Un astillero que ha costado medio millón de reales, contra el que apenas si vale cuatro mil duros!

—Medio millón no es nada para mí.

—Mi astillero es cuanto poseo y no puedo exponerlo á un azar de la suerte.

—¿Cuánto le ha costado á Vd. esta casa? preguntó D. Pedro.

—A mí... Nada: la gané al juego.

—¡Hola! á algún infeliz loco.

—Sí, á un loco... á ese loco de que Vd. hablaba que jugó á su mujer.

—¡Ah!... ¿Y Vd. se la ganó.

—Sí.

—¿De suerte, que mujer y casa los ha obtenido usted por el juego.

—La casa sí; la mujer la he obtenido por la muerte de su marido.

—Si él no la hubiera jugado, acaso no sería su esposa de usted.

—¡Es verdad!

—¿Y qué escrúpulo tiene Vd. en arriesgar á una carta hoy, lo que sobre una carta obtuvo ayer?

—Repito á Vd. que la muerte ha sancionado estas adquisiciones, que me han costado poseer trece años de terribles luchas.

Yo no he sido ni propietario de esta casa, ni marido de esta mujer, hasta que murió quien lo fué antes y arrojó ambas cosas á un tapete en una tarde de locura.

—Pues bien, Roque, exclamó D. Pedro: el propietario de esta casa, el marido de esta mujer vive.

—¿Vive? dijo Roque poniéndose de pie, pálido como un muerto, mientras Florentina con las manos cruzadas parecía implorar misericordia ante un espectro que hacía dos horas veía levantarse severo y acusador.

—Sí, continuó D. Pedro: vive y está en vuestra presencia.

—¿El *Periquet* tú?... exclamó Roque aterrado.

—Silencio, que mi hija no te oiga. Sí, soy el *Periquet*, tenido por muerto en el asalto de los africanos á nuestra colonia. Yo soy el *Periquet*.

—Y vienes por mi mujer... y por... continuó Roque con los ojos fuera de las órbitas.

¡Ah! no; tú estas muerto, tú estas muerto, ó he de matarte yo.

Y al decir esto, empuñó un afilado cuchillo de la mesa.

—¡Loco! exclamó D. Pedro. ¿Crees que vaya yo á reclamar ese cuerpo que no tendría alma para mí? Yo he sido un malvado y vengo á expiar mi delito haciendo el bien.

Soy rico, inmensamente rico. Mi hija es pobre y quiero asegurar su porvenir.

—¡Pedro! exclamó Florentina sollozando.

—¡Silencio! digo. He creado para ella ese astillero, que es una fortuna para cualquiera. Dirígesele tú, buen Roque. Yo me vuelvo al África, entre mis salvajes, donde moriré probablemente. En el Banco de Barcelona hay cien mil duros consignados á tu favor: en el de Londres hay diez millones para mi hija.

El día que yo muera recibirá el talón que conserva con mi testamento cerrado un notario, cuyas señas os dejaré en esta cartera.

Ahora silencio. Si alguien te pregunta el origen de tu improvisada fortuna; si te ven dueño de ese astillero, y se extrañan, como es natural, ahí tienes la justificación. Es un documento con fecha de ahora ocho años, en el cual ordeno á un D. Pedro Galindo para, en caso de mi muerte, que erija ese establecimiento para mi hija. Yo debo ignorar lo demás; pero tú haces veces de su padre, y sin necesidad de disposición expresa, tú debes administrar su hacienda. Ahorra lo que puedas ahora para tus pequeños hijos. La mía tiene bastante con lo que la dejo.

Al despedirnos para siempre, porque yo marchó mañana á Barcelona para emprender más largo viaje, dejadme que os abrace, dejadme abrazar á mi hija y enseñadla por lo menos á respetar mi memoria.

Roque y Florentina, confundidos en un abrazo con Pedro, lloraban.

A poco fué llamada Marcela; á quien su padre abrazó y besó repetidas veces en la frente.

Poco después Pedro abandonaba la casa, dejando absortos á los dos esposos, que no acertaban á darse cuenta de tan impensado suceso.

FIN.

NOVELAS PUBLICADAS

La mujer de dos maridos.—El cuarto de hora de una mujer.—Fanny, *historia de un amor desgraciado.*—Libia, *estrategia de un cazador.*

EN PRENSA

El tesón de un padre.—La venganza de un torero.

La Novela Ilustrada

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

Cada número constará de ocho páginas en tamaño pliego común, á dos columnas, y contendrá una bonita é interesante novela *completa* y original, ilustrada con láminas al cromo. Al fin de cada año formará un tomo de dimensiones muy regulares por un precio fabulosamente económico.

Precio del número corriente **15** cénts. de peseta
Id. atrasado **25** »
EN TODA ESPAÑA

Los que deseen suscribirse directamente á esta Administración, abonarán por adelantado **3** pesetas, y tendrán derecho á recibir franco de porte 24 números.

Las reclamaciones, correspondencia y pedidos al Administrador *D. Guillermo Osler*, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

A los Sres. Corresponsales **2.50** pesetas la mano de 25 ejemplares.

PAGO ADELANTADO

CORRIDAS DE TOROS.—PRECIOSO ALBUM CON diez y seis láminas al cromo representando los principales accidentes de una corrida y una bonita portada, también al cromo, alegórica al asunto.—Título de los cromos: *Encierro de los toros.*—*¡A los toros!*—*Salida de la cuadrilla.*—*Entrega de la llave del toril.*—*Picador citando al toro.*—*Suerte de vara.*—*Caida del picador.*—*Salto de la garrocha.*—*Citando á banderillas.*—*Poniendo las banderillas.*—*Correr al toro.*—*Brindis del matador.*—*Capoteando al toro para matarlo.*—*Estocada.*—*Cachetero dando la puntilla.*—*El arrastre del toro.*—**Precio: CUATRO pesetas.**—A los suscritores por un año á LA SEMANA ILUSTRADA se les servirá por TRES PESETAS. A los Sres. Corresponsales de este periódico y al comercio se les hará una rebaja de 25 por 100.—Los pedidos se dirigirán á esta Administración, advirtiéndose que no se servirán sino aquellos que vengan acompañados de su importe en libranzas y con el aumento de un sello para certificado, pues de lo contrario, no se responde de la remesa.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.